

SECCION DE ANUNCIOS.

FABRICA DE NAIPES

Y LITOGRAFÍA

DE

J. DONATO CUMIA

Naipes de todas clases.--Precios desde 8 á 30 rs. docena.

Perfeccion y economía en toda clase de trabajos litográficos, en negro y colores.

VIUDA DE CONRADO GARCÍA.

PIANOS.

Deseosa esta antigua y acreditada casa de sostener dignamente el crédito y la confianza que se la viene dispensando, y con el fin de corresponder á tan distinguidas deferencias, tiene hoy la satisfaccion de poder ofrecer al inteligente público filarmónico una lucida y variada coleccion de pianos nacionales y extranjeros, de especial nota, entre los que figuran como notables por su incomparable fabricacion, los de *Raynard y Maseras*, conocidos por «los Erard españoles» y *Kaps* de Dresde (Alemania) célebres en el mundo artístico por su *resonador*.

Los hay á cuerdas cruzadas, oblicuas y verticales de siete octavas, con cuadro completo de hierro fundido, cinco barras de id. clavijero chapeado de metal, mueble palo-santo ó madera negra imitando á ébano.

Pianos á cilindro.

Garantía completa, precios económicos, ventas al contado y á plazos convencionales, cambios, alquileres, afinaciones y embalajes.

Representacion exclusiva de varias fábricas españolas y alemanas en esta capital y su provincia: Viuda de Conrado Garcia; Paseo de Valencia número 36, Pamplona.

— 482 —

—Tomad, repuso la penitente, sacando debajo del manto la daga del conde de Lerin: ahí teneis un argumento al que jamás podrá resistir el hijo del mariscal D. Pedro de Navarra.

—¿Qué es esto?

—Es el arma con que D. Luis de Beaumont asesinó en Pamplona al padre D. Felipe. Tomadla: la punta que le falta, el mariscal la lleva consigo.

Y dejando la daga en manos del asombrado y agradecido caballero, entró la penitente en la capilla de Nuestra Señora.

Entre tanto el delirio febril de Jimeno habia terminado con un sueño tranquilo y profundo, que restauraba sus fuerzas y restituia al cerebro todo su vigor. Chafarote más acertado que la penitente, permitió al enfermo decir cuanto se le antojase, sin molestarle con inútiles interrupciones y preguntas. Seguia el sistema médico de dejar obrar á la naturaleza: es decir, de no hacer nada, que es lo mejor que los doctores suelen hacer. Cuando le vió rendido de sueño, tendióse tambien á los piés del lecho, y luego principió á roncar, soñando que se hallaba en las conocidas selvas de las Bardenas, al lado de su valiente capitán.

Los primeros rayos del sol entraron á despertarles. Jimeno se incorporó recordando confusamente cuanto habia pasado; pero la presencia del antiguo escudero, y el aspecto de aquellas pobres y sombrías paredes fueron disipando poco á poco las nieblas de su espíritu, al cual tornaron el desasosiego, la tristeza y el abatimiento. Tentóse luego el cuerpo, como si quisiese cerciorarse de que no le faltaba alguna cosa, y cuando tropezó con un bulto, á modo de caja, que llevaba en el jubon, se sonrió amargamente.

Lo que más le atormentaba, y le hacia hervir la sangre, era el verse tendido en el doliente lecho, cuando más necesidad tenia de moverse y agitarse, para desbaratar los proyectos de sus enemigos, y dar cima á sus planes tan hondamente meditados.

En uno de sus arrebatos saltó del lecho, creyendo que el

— 483 —

hervor de su espíritu daria brios á su cuerpo, para lanzarse fuera de aquel albergue solitario, estrecha cárcel de sus arrogantes pensamientos.

Levantóse, en efecto, y convencido al punto de su debilidad y de su postracion, tuvo que apoyarse en brazos de su escudero, para dar algunos pasos y salir al cobertizo, anhelando más claridad, ámbito más dilatado, aire libre, lejanos horizontes.

Estella se ofreció á sus ojos medio escondida en los recodos de la montaña, con sus castillos, sus adarves, y torres, y penachos de humo, que ondeaban sobre los tejados. En lo más elevado de la falda meridional, descollaba el castillo mayor, donde la Reina moraba. Allí estaria, en aquel instante mismo, recibiendo acaso la visita del mariscal ó del conde de Lerin, de cuyos lábios pendia el secreto de la existencia de Jimeno... ¡Oh! que no pudiese volar al lado de Leonor para prevenirla, para impedir el descubrimiento de un misterio en que se fundaban todos sus proyectos.

Pero tambien en otro punto, tambien en Lerin era indispensable su presencia: Catalina habria recibido quizá la bendicion nupcial, y el conde, autor de las últimas desventuras de Jimeno, el conde estaria gozándose en su obra...!

¡Y él, enfermo, imposibilitado de dar un paso, ignominiosamente escarnecido, él se hallaba en aquel retiro, condenado casi á presenciar su ruina, sin poder alargar una mano para detenerla! ¡Y la penitente, Inés, su protectora, tambien Inés le desamparaba!

Pero Inés llegó cerca del anochecer en el mismo instante en que Jimeno comenzaba á desconfiar de la que siempre habia sido su escudo.

—¡Jimeno! exclamó al entrar con una satisfaccion inefable, inesperada por la visible mejoría del caballero.

—¡Ay! ¿eres tú, Inés? respondió este, con un sentimiento indefinible de gratitud, de asombro, de interés y de pena. ¡Pensé que me habias abandonado!